

CRISTIÁN ARRIAGADA

# Historia de un milagro

*Cartas a Pedro*

 Planeta

## Diagnóstico



Gracias cáncer por enseñarme a vivir día a día.  
Gracias cáncer porque no doy ni un día de mi vida por  
garantizado.  
Gracias cáncer por enseñarme lo importante del Ahora.  
Gracias cáncer porque hoy me siento mucho más cerca  
de Dios y de la Virgen.  
Gracias cáncer porque me ayudaste a sanar heridas.  
Gracias cáncer porque hoy me quiero y acepto mucho  
más que antes.  
Gracias cáncer por mostrarme el amor verdadero.  
Gracias cáncer por acercarme aún más a mi familia y  
amigos.  
Gracias cáncer por hacer que cientos de personas  
diariamente me llenen con sus oraciones y lindas  
palabras.  
Gracias cáncer porque, aunque preferiría no tenerte, día a  
día me enseñas algo bueno.  
Gracias cáncer por sacar mi mejor versión.

JAVIERA SUÁREZ

Querido Pedro:

Nunca voy a olvidar esa tarde de viernes otoñal, cuando nuestra vida cambió para siempre. Fue como estrellarse de frente contra un camión y descubrir que ya nada sería como antes, que la acostumbrada normalidad era un bien tanpreciado como improbable. Yo trabajaba en el departamento de cirugía plástica en una clínica de Santiago, y ese día teníamos agendada una operación con los cirujanos vasculares. Iba a ser una jornada normal, como cualquier otra, salvo por el hecho de que tu madre venía a la clínica a realizarse una ecografía.

El lunes de esa semana, habíamos estado en esa misma clínica tomando la primera ecografía, que confirmaría el embarazo. Venías tú, nuestro primer hijo. Nos habíamos casado hacía cuatro meses, y lo que más queríamos era formar una gran familia. La felicidad era máxima, pero decidimos guardarnos la noticia hasta tener claridad de que todo iba bien, y solo la compartimos con nuestros padres y amigos más cercanos. Durante esa consulta, el ginecólogo sugirió hacer una ecografía formal con otro especialista por algo que aparentaba ser un quiste en el seno izquierdo de tu mamá. Ya lo habíamos notado en varias de las consultas previas, pero no parecía ser algo para alarmarse.

Ese viernes era mi última cirugía de la semana, y esperaba con ansias el fin de semana para seguir celebrando la gran noticia de que tú venías en camino. Pero, mientras preparaba el quirófano, me llamaron al celular pidiéndome que fuera a la sala de ecografía mamaria. Bajé corriendo los tres pisos que nos separaban y al llegar vi

la cara de pánico de tu madre. La doctora a cargo del examen no contuvo su propia impresión, y lo dijo claramente: “Esto no se ve bien, la imagen es altamente probable de cáncer”. “¿Cáncer?!” , repetimos ambos casi al mismo tiempo, horrorizados. Tomé la mano de la Javiera y se la apreté fuerte. Ella permanecía recostada en la camilla y la cubría un delantal médico celeste, y recuerdo que en su desesperación insistió en la pregunta de qué tan segura podía estar de eso, si a nuestro ginecólogo le había parecido algo simple o benigno. La doctora respondió: “50 por ciento de probabilidades”. Cruzamos miradas con tu madre, y nos aferramos a la esperanza del otro 50 por ciento de que fuera benigno. En ese momento, entró a la sala otra doctora del equipo de oncología mamaria y ofreció hacerle una consulta de inmediato, para así recopilar un poco más de información y poder avanzar más rápido.

Aproveché de correr de vuelta al pabellón e hice solo lo que tenía que hacer. Creo que no dije una palabra en esa hora y media de cirugía. Mi mente trabajaba a dos bandas: me enfocaba en el acto quirúrgico mismo mientras un torbellino de pensamientos sobre el aterrador diagnóstico se agolpaba en mi cabeza como un monólogo interior imposible de acallar. Salí de la cirugía y la Javiera, vestida de *jeans*, un *sweater* y zapatillas, me estaba esperando con un café en la mano, que aún no lograba probar, pero que de alguna manera parecía reconfortarla. Nos abrazamos y lloramos juntos. No conseguíamos asimilar cómo, en solo cuatro días, nuestro sueño de felicidad se había derrumbado y ahora estábamos ahí, incrédulos, sumidos en la angustia y el terror.

Durante ese fin de semana nos agarramos de la posibilidad de ese otro 50 por ciento, de que no fuera más que una equivocación, algo benigno con una solución simple. Querer es ver y visualizamos solo esa posibilidad. El lunes siguiente en la mañana harían una biopsia para hacer un diagnóstico más certero. No dormimos mucho esos días, tratábamos de no hundirnos en las infinitas posibilidades que encontramos en los libros e internet. Sobre todo, en qué pasaría con nuestro embarazo en caso de que la noticia no fuera buena. No queríamos ni pensar en eso.

Recuerdo que ese sábado me levanté temprano, y a eso de las seis de la mañana fuimos con dos de mis amigos a correr un desafío de *trail running* al que que nos habíamos inscrito hacía tiempo. Durante el trayecto en auto casi no hablé. La prueba consistía en 20 kilómetros corriendo por los cerros de Alhué; como suele suceder después de una lluvia, era una mañana húmeda y muy clara que irradiaba mucha paz. Mientras corría, lo único que repetía en mi cabeza, como un mantra, era: “¡Que no sea cáncer!, ¡Que no sea cáncer!”. Nada más importaba. No me sentía cansado ni me preocupaba demorarme mucho o poco, solo había espacio para esa única frase que mi mente quería hacer realidad.

Cuando terminamos, nos subimos al auto y en un momento de silencio recuerdo haber dicho algo así como: “Amigos, tengo dos cosas que contarles: la primera es que con la Javiera estamos esperando un hijo. La segunda, que el lunes tenemos una biopsia, porque puede ser que tenga un tumor en una de sus mamas”. Ambos me miraron con cara de desconcierto y, tratando de calmarme, centraron

la conversación en el embarazo y la alta probabilidad que existía de que no fuera nada grave. Esa reacción, esas caras de estupor, las vería en muchas personas de ahí en adelante. No estamos preparados para enfrentar noticias o momentos así. Yo mismo trataba de recordar lo difícil que me había resultado decir algo apropiado cuando alguno de mis amigos perdía a un familiar cercano. Frente al dolor, el lenguaje se nos agota.

Pedro, se acercaba el lunes y no había cómo detener el tiempo ni contener nuestra ansiedad. Antes el estrés, cada persona busca mecanismos de ayuda. Nosotros lo hicimos todo para conservar la esperanza y la oración nos reconfortaba. Fuimos a misa y rezamos juntos para que, pasara lo que pasara, tú no te vieras afectado. Pedimos tanto, cada uno tratando de negociar con Dios las posibilidades: si era cáncer, que fuera uno amable, fácil de tratar. Si era malo, que no lo fuera tanto. Pero que, en cualquier caso, te mantuviera a ti fuera de este conflicto. Ese era el trato.

Llegó el lunes. Partimos juntos a la clínica, nos presentamos en admisión y nos hicieron pasar a una sala de espera. Le entregaron una bata celeste y la prepararon para el examen. Un poco de anestesia local y luego el pinchazo. La Javiera odiaba las agujas y esta con mayor razón. Se aguantó estoicamente las repetidas punciones guiadas por el ecógrafo, hasta que hubo suficiente material para hacer una biopsia.

Al regresar teníamos tanto miedo de lo que se venía: varios días de espera hasta tener noticias del resultado de la muestra, ese pedazo de información secreta del cuerpo

que, de alguna manera, define tu destino. Tratamos de hacer la vida lo más normal posible, seguimos adelante con la rutina, ambos realizando nuestros trabajos y sin comentar mucho hasta no tener los resultados. Me imagino que esto es lo que hacemos todos mientras nos aferramos al estado de personas sanas, antes de pasar al mundo de los enfermos.

En secreto, cada uno de nosotros seguía en su rol de investigador privado, intentando encontrar toda la información posible respecto a algo que no sabíamos qué era aún. Y como casi todo en medicina, las opciones resultaban infinitas.

Fueron tres días de mucho miedo, de largas noches insomnes. Circulábamos por la vida como separados de nuestros cuerpos, en una especie de piloto automático. Este sería nuestro primer encuentro con la incertidumbre, la que no nos abandonaría nunca más en el camino que nos tocaba transitar. Es increíble averiguar en un segundo cuánta tolerancia real se tiene a la falta de certeza vital, sobre todo en un plano tan relevante como es el de la fina y frágil transición entre la salud y la enfermedad. Se dice que hay personalidades que lo manejan mejor y que tienen la capacidad de transformarla en motivación y en una fuerza movilizadora para avanzar en la vida. Estábamos a punto de averiguar nuestro propio umbral.

El jueves por la mañana recibí un mensaje del patólogo a cargo del examen diciéndome que fuera a la clínica, que quería mostrarme el resultado y explicarme en detalle. La Javiera se estaba vistiendo para ir al canal a grabar el programa *No eres tú, soy yo*, que hacía todas las

mañanas en la señal *Zona Latina*. No se demoró mucho en interpretar mi cara al leer el mensaje y de inmediato decidió que vendría conmigo. Manejamos en silencio y, al llegar, nos fuimos al oratorio, nos sentamos y rezamos. Acordamos que ella me esperaría ahí, mientras yo recibía el informe. Providencialmente, justo en ese momento apareció mi tío Jaime, el hermano mayor de mi papá, que trabajaba como médico en el mismo hospital. Sin hacer demasiadas preguntas, entendió lo que estábamos pasando y se ofreció a acompañarla.

Mientras caminaba a las oficinas de anatomía patológica recuerdo que mi estómago era un nudo ciego y mis manos transpiraban como nunca. Sabía que la noticia no era buena ya que, en ese caso, me habría adelantado algo por teléfono. Llegué a su oficina y me recibió amablemente: ahí estaba nuevamente esa expresión facial, entre seria y compasiva, como casi evitando el contacto visual. En simple, el diagnóstico no solo era malo, sino que era el peor de todos, algo que no habíamos ni imaginado. La biopsia mostraba células cancerígenas cuyo origen no estaba en la glándula mamaria, sino que provenían de otro lado y se comportaban como un melanoma metastásico, donde las células tumorales tienden a ramificarse hacia otros órganos del cuerpo. Me tuve que sentar unos minutos para asimilar el *shock* de estar en el peor escenario.

Yo sabía que tu madre había tenido un melanoma en la piel hacía varios años atrás, pero en sus últimos controles rutinarios, para los cuales era muy rigurosa y ordenada, su dermatólogo la había dado de alta.



Caminé solo por los pasillos tratando de mantenerme fuerte y preocupado de transmitirle calma al contarle la noticia. Había muchas preguntas que no iba a poder responder en ese momento, pero al menos debía ser capaz de contenerla emocionalmente y, de alguna manera, asegurarle que íbamos a salir adelante juntos de esto. Avancé esos últimos pasos hacia el oratorio y, sin tener que decirle palabras, ella ya intuía todo lo que tenía que saber. Nos abrazamos y lloramos un rato largo, hasta que cansados del exceso de emoción, nos sentamos. No había mucho que decir. El diagnóstico era malo y se venía una gran batalla por delante.

Salimos de la clínica. Era un día otoñal en Santiago, y como aún era temprano, las plazas estaban casi vacías, solo adornadas por los montones de hojas amarillas, café y púrpura que caían de los árboles. Detuvimos el auto y nos bajamos a caminar para tratar de ordenar nuestras ideas. Nos sentamos en una banca, y en ese momento vimos cómo nuestra vida ya no volvería a ser la misma. La palabra cáncer en sí ya es violenta, pero nunca había sido tan dura como esa mañana. Nos prometimos vivir cada día como si fuera el último y no dar nada más por sentado. Íbamos a batallar juntos y no le cederíamos ni un centímetro de ventaja al melanoma.

Pedro, se me hace difícil escribirte esto: aunque no recuerdo completamente el momento, creo que, a pesar de todo, el hecho de ya saber con qué estábamos lidiando, bajó nuestra angustia y nos abrió el horizonte a pensar en cómo lo íbamos a enfrentar. Ese día, confirmamos nuestro compromiso de estar unidos tanto en la salud como en la enfermedad, sentimos un poco de paz por

estar acompañados y dimos gracias a Dios por permitirnos vivir esto juntos.

Otro aspecto que sin duda significaba una preocupación extra, era contar con los medios económicos necesarios para abordar esta enfermedad. En ese sentido, tuvimos la suerte de que la Javiera tenía un buen seguro oncológico y habíamos juntado algo de dinero en esos años. De todos modos, éramos unos privilegiados. No puedo imaginar lo que puede ser un diagnóstico así para una familia económicamente vulnerable, como hay tantas en Chile.

También recuerdo que, en ese mismo instante y por primera vez, dejamos un pequeño espacio a la posibilidad de que esto que nos tocaba vivir fuese una oportunidad. Se dice que hay personas que no viven hasta que no asumen la posibilidad de la muerte, y en esos minutos, sentados en aquella plaza vacía, hicimos una pequeña revisión mental de nuestras vidas, prioridades, logros y frustraciones. De un momento a otro, todo lo que hasta hace poco parecía importante, esencial o imprescindible, ahora pasaba a categoría de irrelevante, donde siempre debió haber estado. La ambición profesional, la seguridad económica, el afán de cumplir con la imagen de “pareja perfecta”, todo eso se volvió tan banal. Hasta nos reímos recordando las tonteras por las cuales discutíamos en un día normal; los pelos en el baño después de afeitarme ya no serían más un motivo de disputa semanal.